

Somos Vicencianos

Una web de formación e información sobre san Vicente de Paúl, santa Luisa de Marillac y la obra vicenciana en el mundo, ayer, hoy y mañana.

Ciclo B, Domingo, 4º de Adviento (reflexión de Rosalino Dizon Reyes)

¡Dichosa tú que has creído!, porque lo que te ha dicho el Señor se cumplirá (Lc. 1, 45)



Dios viene a encontrarse con nosotros allí donde los hombres estamos. Se encuentra con Zacarías en Jerusalén, estando éste en el santuario del Señor para quemar incienso. En Nazaret se encuentra con María, una virgen desposada con un hombre llamado José.

Por supuesto, cuantas situaciones o condiciones humanas, tantas maneras humanas de corresponder a la iniciativa divina. El que oficia como sacerdote en la capital judía, aunque recto e intachable como es también su esposa Isabel, no puede creer la buena noticia anunciada por el ángel Gabriel. Y se queda mudo Zacarías, lo que evoca el silencio de Daniel ante el mismo Gabriel, el anunciador también de las setenta semanas y de la llegada del Mesías príncipe (Dan. 9, 20-25; 10, 15). Sin poder pronunciar la bendición final sobre la gente que se pregunta por qué el sacerdote tarda tanto en salir del santuario, Zacarías no completa el acto litúrgico.

Por otro lado, la virgen—la que se halla en un lugar sin fama, una aldea más que una ciudad, a unos 112 kilómetros del templo—le contesta al ángel Gabriel: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra». María cree sí, si bien sólo después de perturbarse también y hacer preguntas de manera no del todo diferente a la de Zacarías. Y mirando la obediente fe de su esclava, Dios cumple lo dicho por él tanto a ella como al rey David: el templo construido por la casa o la dinastía del rey David cede el paso a Jesús que no sólo se adueña del templo sino que también toma el lugar del templo (Lc. 2, 49; 19, 45-47; 20, 1; 23, 45; cf. Jn. 2, 19-21).

Lo que obviamente cuenta, pues, no es tanto ni el ser clérigo o laico, ni el estado de casado, prometido en matrimonio, viudo o soltero, ni la locación conocida o desconocida de uno, ni la raza o la sexualidad. La experiencia de san Vicente de Paúl claramente demuestra que Dios se sirve tanto de damas patricias ricas como de campesinas plebeyas pobres. Son sus instrumentos diferentes individuos con diferentes talentos que valen para unas tareas pero no para otras (VII, 129-130). Lo importante es que la persona, a la cual Dios le sale al paso en el camino, reflexione y se maraville con humildad del misterio divino y lo conozca con motivo de llegar a la obediencia de la fe y dar, como lo enseñó san Francisco de Sales, un fruto de devoción conforme a su calidad, estado y vocación.

Esto quiere decir efectivamente que uno tiene que imitar a la Virgen María, ejemplo eminente del discipulado cristiano, por el favor divino concedido a ella, por su fe, su humildad, su reflexión, su obediencia, su alabanza alegre de Dios, su observancia fiel de la ley de Dios. Enfocada en su Señor, la esclava no llama la atención sobre sí misma sino sobre su Señor cuya gloria ella busca solamente. Afirmó el Papa Pablo VI de la Virgen María: «Ella misma se oculta, con suprema humildad, para que la figura de su Hijo aparezca a los hombres con todo su incomparable fulgor». Es que, para ella, Jesús es el centro y la cumbre de la vida. Nada encontrará la Virgen María más desagradable que esto: que sus devotos, por su devoción descaminada, contribuyen a que se desmerezca la grandeza de Dios y se disminuya la mediación única de Cristo (cf. *Lumen Gentium* 60).

En Cristo permanecen sí los imitadores de la Virgen María para que permanezcan en Dios (cf. Jn. 15, 5-10). Esto es lo importante sobretodo. No importa el templo esté éste o en Jerusalén o en el monte Guerizín; ahora se le adora al Padre en espíritu y verdad (Jn. 4, 23). En el nuevo templo que es Jesús están continuamente los verdaderos discípulos alabando a Dios (cf. Lc. 24, 53).

La nueva figura cede el puesto al nuevo rito, supliendo la fe la incapacidad de los sentidos.